

Angeles, fundada por los españoles y que en el esplendor de sus templos es digna de rivalizar con las mas famosas capitales de Europa. Allá en el lejano occidente se divisa el valle de México, que se estiende como un mapa, con sus lagos ya disminuidos y su régia capital que se ha levantado aun mas gloriosa de sus antiguas ruinas, y que está ceñida por una cintura de umbrios collados cubiertos de cipreses.

La cumbre del templo mas grande dicen que estaba coronada por un templo en el cual habia una colosal imágen de la deidad patrona, el sol, hecha de piedra y de una sola pieza, y que miraba hácia el Oriente. Su pecho estaba cubierto de una lámina bruñida de oro y plata en la cual se reflejaban los primeros rayos del sol levante.¹⁷ Un anticuario del siglo pasado dice haber visto algunos fragmentos de la estátua que aun existia entera cuando entraron los españoles en el pais; pero que fué demolida por el infatigable obispo Zumárraga cuya mano destructora fué mas fatal que la del tiempo mismo, para los monumentos aztecas.¹⁸

Al rededor de las grandes pirámides habia otras muchas pequeñas, que rara vez llegaban á la altura de 30 piés y que segun cuentan estaban dedicadas á las estrellas y servian de sepulcro á los grandes de la nacion. La llanura en que se levantaban se llamaba *Micoatl* ó “paso de los muertos.” El labrador cuando remueve la tierra con el arado, todavía encuentra haces de saetas y láminas de obsidiana que demuestran la índole belicosa de la poblacion primitiva.¹⁹

¡Qué tropel de pensamientos se agolpan á la mente del viajero que pasa por enfrente de aquellos venerables memoriales de la antigüedad! ¡Tal vez está pisando las cenizas de las remotas generaciones que levantaron esos colosales monumentos

17 Tal es la noticia que dá el caballero Boturini. *Idea*, págs. 42 43.

18 Tanto *Ixtlilxochill* como *Boturini* que visitaron estos monumentos, el uno á principios del siglo XVII, y el otro á principios del XVIII, testifican haber visto los restos de la estátua. Sin embargo ya habia desaparecido enteramente en 1757 en que *Veytia* visitó la pirámide. *Hist. Antig.*, tomo I, cap. 26.

19

“Agricola, incurvo terram molitus aratro,
Exesa inveniet scabra rubigine pila,” &c.

Georg., lib. I.

que nos conducen desde lo presente hasta los mas oscuros senos de lo pasado! Pero ¿cuáles fueron esas generaciones? ¿Serian los misteriosos Olmecas cuya historia, como la de los antiguos titanes, está envuelta en las nieblas de la fábula? ¿O serian, como generalmente se cree, los pacíficos é industriosos Tultecas cuya historia descansa sobre bases igualmente inseguras? ¿Qué ha sido de las razas que los edificaron? ¿Se quedaron en la tierra y se mezclaron y confundieron con los feroces aztecas que luego entraron en ella? ¿ó pasaron al Sur y allí encontraron vasto campo donde diseminar su civilizacion de la que dan tan elevada idea los restos que se encuentran en Centro-América y Yucatan? Todo es un misterio sobre el cual ha echado el tiempo un velo impenetrable que no es dado á la mano del hombre, descorrer. ¡Por allí pasó una nacion poderosa, populosa, civilizada; pero pereció sin nombre! murió sin dejar señal ninguna de su ecsistencia!

Sin embargo, parecia que estas conjeturas no ocupaban la mente de los conquistadores, pues no han dejado ni una sola línea relativa á aquellos monumentos cubiertos de canas por el tiempo; á pesar de que pasaron precisamente por enfrente de ellos, y acaso bajo su sombra misma. Pero los sufrimientos presentes no les permitian pensar en lo pasado; ademas de que la inesperada y peligrosa posicion en que se encontraron en aquel sitio, debe naturalmente haber apartado de su mente cualquiera otra idea, fuera de la de la preservacion.

Al comenzar á subir el ejército las montañas que dominan el valle de Otumba, vinieron los exploradores avanzados con la noticia de que del otro lado habia acampado un poderoso ejército que parecia estar en espera de que se aprosimasen los españoles. Pronto vieron éstos confirmada la noticia por sus propios ojos, luego que doblaron la cresta de las montañas y descubrieron al pié de ellas, un magnífico ejército que ocupaba todo el valle; siendo tantas las cotas de algodón de los guerreros, que parecia estar el campo cubierto de nieve.²⁰ Formábanle las tropas de las provincias de cerca de la capital, y principalmente las del populoso señorío de Tetzcoco, que se ha-

20 “Y como iban vestidos de blanco, parecia el campo nevado.” *Herrera, Hist. General*, dec. 2, lib. 10, cap. 13.

bian levantado á instancias de Cuitlahuatzin, el sucesor de Moteuczóma, y se habian reunido allí todas para disputar el paso á los españoles. Cada gefe principal estaba con los suyos bajo su bandera, y todos desplegaban orgullosamente la pompa y toscó esplendor de su equipo militar. En cuanto la vista podia alcanzar no se veia otra cosa mas que banderas que ondeaban, escudos y elmos de caprichosa figura, bosques de lanzas relucientes, los refulgentes petos de los oficiales y las toscas mallas de algodón de los soldados, todo en completa confusion, y moviéndose en grandes masas, semejantes á las oleadas del Océano embravecido.²¹ Espectáculo era aquel, capaz de desanimar al mas esforzado de los cristianos, causándoles aun mas desconsuelo el no poder llegar á la tierra hospitalaria que tenian á la vista y donde debia terminar su fatigoso viage. Aun Cortés, al comparar aquel tremendo ejército que tenia á la vista, con sus propios tercios, estenuados por la enfermedad, el hambre y el cansancio, llegó á creer tambien que habia llegado su última hora.²²

Pero su corazón no decayó, y lejos de esto sacó fuerzas de lo afligido mismo de su situacion. No tenia que vacilar, porque tampoco le quedaba partido que elegir: no podia huir, no podia retirarse á la capital de donde habia sido espulsado: debia, pues, avanzar, vencer á su enemigo, ó perecer. Aparejóse al instante para el combate, formó sus tropas en batalla, dándoles el mayor frente posible y protegiendo sus flancos con los únicos veinte ginetes que le habian quedado. Afortunadamente, no habia permitido á los inválidos que subiesen á la grupa de los ginetes, con lo que los caballos no estaban muy estropeados. Finalmente, las tropas habian dormido dos noches en un mismo lugar, lo que les habia recuperado un poco, si bien por otra parte, habia dado tiempo al enemigo para reunir todas sus fuerzas.

Cortés previno á la caballería que arremetiera con las lan-

²¹ *Vistosa confusion,* dice Solís, "de armas y penachos en que tenian su hermosura los horrores." (Conq., lib. 4, cap. 20.) Su descripcion descubre la mano de un grande artista, como ciertamente lo era. Pero no debiera haber puesto en manos de sus compatriotas armas de fuego, que no tuvieron en aquella vez.

²² "Y cierto creimos ser aquel el último de nuestros días." *Relac. Seg.*, pág. 148.

zas y que dirigiese los botes á la cara: á la infantería mandó que hiriese de filo y no de punta con sus espadas, y que procurase romper violentamente por entre los tercios aztecas; y á todos encargó que atacasen de preferencia á los oficiales y generales, porque conocia muy bien que de aquí dependia en gran parte el buen éxito del combate, pues la falta de subordinacion de los bárbaros les desconcertaba luego que se veian sujetos á otros gefes que los que habian acostumbrado obedecer.

Dirigió despues á las tropas unas cuantas palabras para animarlas, como acostumbraba hacerlo en vísperas de un combate. Recordóles las victorias que mil veces habian alcanzado en peleas tan desiguales como la que ahora iban á trabar; y les inculcó la superioridad de la ciencia y de la disciplina sobre el simple número. Díjoles que no habia que tener en cuenta el número de los enemigos, si el brazo del Altísimo peleaba por los cristianos. Finalmente les escortaba á tener segura confianza en Aquel que les habia sacado incólumes de tantos peligros, y que no podia permitir que muriesen á manos de infieles los que peleaban en defensa de la fé. Su alocucion fué breve, porque en los ojos de los soldados miró pintada esa resolucion decidida que hace inútiles las palabras. La aficcion en que se encontraban, hablaba á cada uno de una manera mas convincente que las mas elocuentes palabras. Animábalos esa desesperacion estremada que vuelve á los débiles, fuertes, y á los cobardes, héroes. Así, despues de encomendarse fervorosamente á la proteccion de Cristo, la Virgen y Santiago, condujo Cortés sus batallones, en derecha contra el enemigo.²³

Solemne momento fué aquel en que los españoles bajaron las montañas con paso firme y continente sereno, y entraron

²³ Camargo, *Hist. de Tlaxcallan*, MS., Oviedo, *Hist. de las Ind.*, MS., lib. 33, cap. 14. Bernal Diaz, *Hist. de la Conq.*, cap. 128. Sahagun, *Hist. de Nueva-España*, MS., lib. 12, cap. 27.

Cortés pudo haber dicho á sus soldados como Napoleon dijo á los suyos cuando la famosa batalla con los mamelucos: "Desde aquellas pirámides nos contemplan cuarenta siglos." Pero la situacion de los españoles era demasiado seria para poder pensar en rasgos teatrales.

en las llanuras para ser envueltos, á lo que parecía, por las inmensas oleadas de sus enemigos. Estos les salieron al encuentro con ímpetu, haciendo resonar las montañas con penetrantes ahullidos y arrojando nubes de saetas y piedras que por un instante oscurecieron la luz del sol. Pero luego que se chocaron uno y otro ejército, se conoció la superioridad de los cristianos, pues sus adversarios retrocedieron y fueron puestos en el mayor desorden por la caballería; haciéndoles daño su misma multitud, porque las filas de dentro les empujaban hácia adelante, al mismo tiempo que la caballería enemiga les rechazaba. Venia tras ella la infantería, á la cual dejaron un ancho campo los indios, que parece como que deseaban dejarla penetrar. Pero aquella retirada era para volver con mayor ímpetu á la carga sobre los cristianos, que reducidos á un puñado se vieron de repente envueltos por todas partes; y sin embargo, defendidos por sus largas espadas se mantuvieron firmes, como un islote (para usar de la frase de un contemporáneo,²⁴) contra el cual se estrellan en vano las mugientes olas que por todas partes lo combaten. La pugna de hombre á hombre era formidable. Los tlaxcaltecas y los españoles sacaron nuevas fuerzas; los unos porque peleaban casi á la vista de sus montañas natales, y los otros, porque recordaban los horrores del sacrificio, que era la suerte de los cautivos. La caballería llenó cumplidamente su deber en aquel dia: en grupos de cuatro ó cinco cargaba y se introducía entre las filas enemigas y las dispersaba, y de esta manera daba á la infantería tiempo de recobrar su brio y su ímpetu. No quedó una sola lanza sin teñirse en sangre de infieles; pero entre todos se distinguió en aquel dia, el jóven Sandoval, que hizo proezas de temerario valor. Montado en un corcel que manejaba con singular destreza, se precipitaba en el momento menos pensado, en el punto donde mas reñida era la refriega, derribaba guerreros por todas partes y se regocijaba en el peligro, como si fuera su elemento natural.²⁵

²⁴ Es la comparacion de que usa Sahagun. "Estaban los españoles como una isleta en el mar, combatida de las olas por todas partes." (*Ibid.*, ubi supra.) El venerable misionero habia sabido las circunstancias de la batalla, por varios que estuvieron en ella.

²⁵ El retrato que traza del jóven guerrero Tucapel el poeta épico Ercilla, puede

Pero todos aquellos hechos heróicos solo servian para engolfar á los españoles cada vez mas y mas en aquel mar de enemigos; siendo tan difícil abrirse paso por entre sus gruesos é interminables batallones, como abrírselo con la punta de las espadas por entre las montañas. Muchos tlaxcaltecas y varios españoles habian muerto, sin que hubiese ningun herido; Cortés mismo recibió otro nuevo tajo en la cabeza, y su caballo estaba tan destrozado, que tuvo que apearse de él y que tomar uno de los del bagaje, caballo fuerte y que le llevó en toda la jornada.²⁶ La batalla habia durado muchas horas: el sol habia llegado á la mediania de los cielos y calentaba las llanuras de Otompam con ardor insoportable. Los cristianos agobiados por el cansancio y debilitados por la pérdida de sangre, comenzaron á aflojar; mientras que los enemigos que recibian á cada instante nuevos refuerzos, todavia peleaban con brio, y ademas, conociendo la debilidad de los españoles, redoblaban sus esfuerzos. Los caballos retrocedieron envueltos por el gentío de á pié; y los blancos, viendo que era inútil buscar un paso por las densas masas de indios que se habian agolpado á la retaguardia, comenzaron á entrar en algun desorden. El aspecto de la batalla iba dentro de breves momentos á volverse contra los cristianos: ya iba á decidirse de la suerte de aquella jornada, y todo parecia denotar que lo único que les quedaba era vender sus vidas lo mas caras que pudiesen.

En este momento crítico, Cortés cuyo ojo infatigable habia estado buscando inútilmente por el campo de batalla, un ob-

aplicarse sin violencia á Sandoval, cual lo pintan los cronistas españoles.

"Cubierto Tucapel de fina malla

Saltó como un ligero y suelto pardo

En medio de la tímida canalla,

Haciendo plaza el bárbaro gallardo:

Con silvos, grita, en desigual batalla:

Con piedra, palo, flecha, lanza, dardo,

Le persigue la gente de manera

Como si fuera toro ó brava fiera."

Araucan, part. I, canto 8.

²⁶ Herrera, *Hist. Gral.*, dec. 2, lib. 10, cap. 13.

"Este caballo arriero," dice Camargo, "le sirvió en la Conquista de México, y en la última guerra se lo mataron." *Hist. de Tlaxcallan*, MS.,

jeto que le ofreciese el medio de contener la ruina inminente de su ejército, apoyándose en los estribos logró divisar allá á lo lejos, y en medio de la multitud, á uno que por sus vestiduras y por su comitiva militar, le pareció ser el general que mandaba los ejércitos bárbaros. Cubria su pecho un vistosísimo peto de plumage y ondeaba sobre su cabeza un penacho de hermosas plumas sobre un creston de oro y piedras preciosas: sobre su cabeza, atada á su espalda y entre los hombros se levantaba una asta-bandera dorada; que era el extraño distintivo que entre los aztecas denotaba al general. El cacique cuyo nombre era Cihuaca, venia en litera llevada en hombros de jóvenes que por su porte y vestido demostraban pertenecer á la flor de la nobleza india, y que cercaban la litera como para guardar la persona del cacique y el sagrado emblema que traia. No bien habia descubierto el ojo de águila de Cortés á aquel personage, cuando su semblante brilló con el alborozo del triunfo: volvióse á los caballeros que le acompañaban, entre los cuales estaban Sandoval, Olid, Alvarado y Avila, y les dijo señalando al general indio: "aquel es nuestro blanco: seguidme y ayudadme." Arrojó su grito de guerra, y prendiendo las aceradas espuelas á su fatigado corcel, penetró por en medio del grueso enemigo. Los bárbaros retrocedieron sorprendidos y azorados por la impetuosidad del ataque: á los que no atravesaba con su lanza, los derribaba con su corcel: seguíanle los caballeros, que pasaron con la furia del huracán; hacian conmovér las pesadas filas de su adversario; atropellaban en su paso con muertos y moribundos, y arrasaban con cuantos obstáculos se les oponian. En pocos momentos se encontraron en presencia del general indio. Cortés derribó á los que lo llevaban en hombros, acometió con la furia de un leon, le atravesó con su lanza y le dejó tendido en el suelo. Un jóven hidalgo, nombrado Juan Salamanca que habia permanecido al lado de Cortés, desmontó á toda prisa y acabó de despachar al indio moribundo: le quitó la bandera y la llevó á su general que es á quien pertenecia aquel glorioso trofeo.²⁷ Todo esto fué obra

²⁷ El emperador Carlos V, permitió despues á este valiente hidalgo que usase este trofeo en su escudo de armas, en conmemoracion de aquella hazaña. Bernal Diaz, cap. 128.

de un momento. La guardia del gefe indio, sobrecogida por lo súbito del ataque, hizo poca resistencia, echó á huir y comunicó su pánico terror al resto del ejército. La noticia funesta cundió en breves instantes por todo el campo de batalla. Los indios llenos de consternacion ya solo pensaron en escapar. El número aumentaba la confusion y el ciego terror que les dominaba: atropellábanse ellos mismos al correr despavoridos, creyendo que á su espalda traian un enemigo.²⁸

Los españoles y tlaxcaltecas no fueron omisos en recojer todo el fruto de aquel cambio feliz y maravilloso. El ansia de vengarse les hizo olvidarse de la fatiga, del hambre, de la sed, de las heridas. Persiguieron al fugitivo enemigo, dándole muerte á cada golpe y vengandó con usura los desastres que habian padecido en los ensangrentados pantanos de México.²⁹ El alcance duró mucho tiempo, hasta que habiendo abandonado enteramente el campo los indios, y estando saciados de matanza los españoles, se volvieron á él, á recojer los despojos de la batalla. Grandes fueron estos, pues el campo estaba cubierto de cadáveres de los gefes, á quienes habian apuntado de preferencia los soldados castellanos, conforme á la prevencion de su comandante. Aquellos cadáveres ostentaban toda la magnificencia que acostumbraban los guerreros aztecas en los dias de batalla.³⁰ Luego que las tropas se habian indemnizado, hasta cierto punto, de las pasadas pérdidas, Cor-

²⁸ Todos los historiadores están contestes en alabar esta gloriosa proeza de Cortés, de quien dice Gomara, que con solo su brazo salvó de la ruina al ejército entero. Crónica, cap. 110. Sahagun, Hist. de la Nueva-España, lib. 12, cap. 27. Camargo, Hist. de Tlaxcallan, MS. Bernal Diaz, Hist. de la Conq., cap. 128. Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 47. Herrera, Hist. Gral., dec. 2, lib. 10., cap. 13. Ixtlixochtl, Hist. Chich., MS., cap. 89.

La breve y modesta noticia que el general dá de la batalla, al emperador, forma un bello contraste con el estilo jactancioso de otros. "E con este trabajo fuimos mucha parte del día, hasta que quiso Dios que murió una persona dellos que debia ser tan principal, que con su muerte cesó toda aquella guerra." Relac. Seg. en Lorenzana., pág. 148.

²⁹ "Pues é nosotros," dice el intrépido capitan Diaz, no nos dolian las heridas y ni teniamos hambre ni sed, sino que parecia que no habiamos habido ni pasado ningun mal trabajo. Seguimos la victoria hiriendo y malando. Pues nuestros amigos los de Tlaxcallan estaban hechos unos leones, y con sus espadas y montantes y otras armas que allí apañaron, hacianlo muy bien y esforzadamente." Hist. de la Conq., loc. cit.

³⁰ *Ibid.*, ubi supra.

tés les reunió bajo las banderas, y despues de tributar gracias al Señor de los Ejércitos, por aquel triunfo milagroso, prosiguió su camino. El sol iba declinando en los cielos, por lo qué antes de que les envolviese la noche, procuraron llegar á un templo que estaba sobre una eminencia y allí encontraron cómodo y seguro alojamiento donde pasar la noche.

Tal fué la célebre batalla de Otompan, ú Otumba, como por corruptela le llaman los españoles. Dióse el 8 de Junio de 1520. Los escritores castellanos regulan que la fuerza de los indios era de 200.000 hombres, y su pérdida de 20.000. Los que admitan lo primero no deben dudar lo segundo.³² Calcular esactamente el número de una multitud salvaje y desordenada es tan difícil como contar las arenas de la playa ó las hojas del otoño. Sin embargo, esta victoria fué una de las mas señaladas que se han alcanzado en el Nuevo-mundo; no solo atendiendo á la desproporcion numérica de los dos ejércitos, sino á lo desigual de su condicion, pues los indios estaban en toda su fuerza, y los blancos estenuados por el cansancio, el hambre y los dilatados padecimientos, y carecian de cañones, armas de fuego y de todo el aparato bélico que ponía tanta pavora á los bárbaros; careciendo tambien hasta del terror que inspira un hombre victorioso. Pero tenian de su parte la disciplina, una resolucion desesperada y una confianza ciega en su gefe. Este triunfo prueba lo mismo que las victorias de los civilizados europeos, sobre las tribus bárbaras del Asia.

Sin embargo, no todo el buen écsito debe atribuirse á la superioridad de la disciplina y de la táctica, pues la batalla se

31 *El beligerante apóstol Santiago vino como lo tenia de costumbre, en su caballo blanco, en ayuda de los españoles; suceso que ellos perpetuaron erigiéndole una capilla allí cerca. (Camargo, Hist. de Tlaxcallan, MS.) Diaz, que en otras ocasiones habia dudado de su venida, la creyó indubitable ahora. (Ibid ubi supra) Segun el cronista letzcocano, venia ayudado por la Santísima Virgen y el apóstol San Pedro. (Hist. Chich. MS. cap. 89.) Voltaire ha hecho la siguiente observacion, que es verdaderamente delicada. "Los que han referido estos sucesos han querido engrandecerlos haciendo intervenir los milagros, con lo que, lo que hacen realmente es oscurecer la gloria de aquellos. El verdadero milagro fué la conducta de Cortés." Essai sur les moeurs, chap. 147.*

32 *Herrera, Hist. Gral., dec. 2, lib. 10, cap. 13. Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 47. Gomara, Crónica, cap. 110.*

habria perdido indefectiblemente, á no ser por la muerte del general indio; y aunque la eleccion de la víctima era obra del cálculo, fué obra de la casualidad que él se hubiese venido á las manos á los españoles. Este es, entre muchos, otro ejemplo de la parte que tiene la fortuna en el écsito de las operaciones militares. La estrella de Cortés era entonces propicia; de otra suerte, no habria sobrevivido ni aún solo español para contar la sangrienta catástrofe de Otumba.